

Jaime Arocha

Gestos para un destino de paz*



GENOCIDIO, DESTIERRO Y PUEBLOS ÉTNICOS

o más probable es que nuestro destino de genocidios y diásporas siga ensañándose con los pueblos étnicos. También que ese destino dependa de la hegemonía histórico-cultural que han ejercido quienes consideran que la unidad de la nación es incompatible con la diversidad de su gente, y que ese ideario lo comparten grupos de élite con los aparatos armados que la defienden o intentan derrocarla.

Hasta el 15 de abril de 2001, una adición significativa a la cartografía de la barbarie consistía en el alto Naya (departamento del Cauca). Allá, personas que se identificaron como miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia se valieron de metralletas y motosierras para masacrar afrocolombianos e indígenas paece, y por ese medio acrecentar el terror que lleva al desplazamiento masivo de esas personas¹. Sin embargo, dos semanas antes, la máquina de muerte de las FARC había convertido en ruinas a Satinga, uno de los hitos del poblamiento ancestral de los afrodescendientes en el norte del litoral nariñense². Estratos anteriores de esta secuencia macabra incluyen el bajo Atrato, y sus afluentes, los ríos Truandó y Cacarica, además del alto Baudó y Juradó, entre aquellas áreas del litoral Pacífico que la Constitución de 1991 especificó como de dominio étnico, ya sea mediante la conversión de resguardos en entidades territoriales indígenas,

* Agradezco a Constanza Castro, Carolina Giraldo y Stella Rodríguez, quienes me ayudaron a consolidar esta reflexión.

¹ Mauricio Vargas, "La guerra de los cobardes", Revista Cambio, No. 409, Bogotá: Abrenuncio S.A., 23-30 de abril 2001, p.106.

² Darío Arizmendi. Informe sobre la destrucción de Satinga (departamento de Nariño), Noticiero 6 AM. Bogotá: Caracol FM, marzo 19 de 2001.

BODY LANGUAGE IN THE CAUSE OF PEACE

This essay compares two different approaches to the same hypothesis: ethnic diversity impedes civil war. The first perspective is part of a global diagnosis which World Bank economist Paul Collier elaborated on why civil war replicates. In his view, ethnic and religious diversity foster peace by obstructing integration and consolidation of rebel armies. The second view emphasizes how ethnic heterogeneity multiplies habits of non-violent conflict resolution, stressing those patterned after kinetic and paralinguistic communication. Persistence of these habits was strengthened by the 1991 Colombian constitution, which defined specific political and territorial rights for ethnic minorities. This form of political innovation is taken by both approaches as a positive mechanism for checking ethnic hegemony, which in Collier's opinion can be a significant source of civil conflict.

GESTES POUR UN DESTIN DE PAIX

Cet essai présente le contraste entre deux perspectives face à la même hypothèse: la diversité ethnique est l'antidote de la guerre civile. La première fait partie des prédictions formulées par Paul Collier au sujet de la perpetuation du conflit civil armé. Cet économiste de la Banque Mondiale se réfère aux obstacles que l'hétérogénéité culturelle dresse contre la formation et la consolidation d'armées rebelles. La deuxième perspective souligne la capacité que possède la diversité ethnique pour multiplier des coutumes non violentes au moyen de la solution de différents types de conflits, comme dans la gestuelle quotidienne et rituelle. La permanence de ces conduites hétérodoxes est garantie dans le contexte de la légitimation des droits acquis par les minorités ethniques dans la Réforme Constitutionnelle de 1991. Les deux perspectives analytiques soulignent cette forme d'innovation politique comme un moyen de contrôle à toute hégémonie ethnique, cause réitérée du conflit civil armé.

GESTOS PARA UN DESTINO DE PAZ

Este ensayo contrasta dos enfoques sobre la misma hipótesis: la diversidad étnica es antídoto de la guerra civil. El primero hace parte de los vaticinios que formuló Paul Collier acerca de la perpetuación global del conflicto civil armado. Ese economista del Banco Mundial se refiere a los obstáculos que la heterogeneidad cultural le tiende a la formación y consolidación de ejércitos rebeldes. La segunda perspectiva resalta la capacidad que tiene la etnodiversidad de multiplicar hábitos no violentos para la resolución de distintos tipos de conflicto, como sucede con los de la gestualidad cotidiana y ritual. La permanencia de esas conductas heterodoxas quedó garantizada dentro de la legitimación de derechos étnico-territoriales que introdujo la reforma constitucional de 1991. Ambas perspectivas reseñadas destacan esta forma de innovación política como medio de controlar la hegemonía étnica, una causa reiterada de conflicto civil armado.

o por el reconocimiento estatal de títulos colectivos a quienes la Ley 70 de 1993 denomina "comunidades negras"³. Sin duda, al mapa en mención también pertenecen el Palenque de San Basilio, los Montes de María y la Sierra Nevada de Santa Marta, sobre la llanura Caribe, el Afrocauca de Caloto, Santander de Quilichao y Puerto Tejada, además del Cauca indígena, entre otros escenarios de homicidios y diásporas masivas de pueblos ancestrales.

A finales del decenio de 1990, Daniel Pécaut⁴ y Camilo Echandía⁵, en artículos independientes, vaticinaron que nuestro conflicto interno se profundizaría a medida que aumentara la competencia de los aparatos armados por el monopolio de territorios ricos en recursos naturales o en mojones geopolíticos. El que hoy en día indígenas y afrocolombianos estén pasando del protagonismo ciudadano que les permitió la Constitución de 1991 al de la diáspora, no sólo tiene que ver con la expansión territorial de insurgentes y grupos de autodefensas, sino con la disidencia cultural de esos pueblos. Sus formas apropiadas de manejar el medio, organizarse, gobernarse y creer en sus dioses, ha impedido a los eurodescendientes imponer la hegemonía cultural. De ahí que esa hegemonía catalogue a esas formas como manifestaciones de atraso e incivilización, las cuales –supone– deben ser superadas para dar vía a lo que ella concibe como progreso. Este móvil tiene sus antecedentes en el determinismo racial de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando se arraigó la idea de que tan sólo los pueblos de la llamada raza aria podían lograr el verdadero progreso⁶. Para Eduardo Pizarro, esa forma de pensamiento se está revitalizando y así motiva, por una parte, la salvaguardia de la pureza racial de los "blancos" por parte de grupos de autodefensa, y por otra parte, el fortalecimiento actual del Ku Klux Klan en los Estados Unidos⁷.

Hoy nos hallamos ante una prospectiva no menos preocupante que la de Pécaut y Echandía. Se trata de la matriz de riesgos que propuso Paul Collier en julio de 2000 para predecir el surgimiento de las guerras civiles en el mundo. En mayo de 2001, la difundieron los editores de *El Malpensante*, con la intención de recoger en un número próximo de la revista los comentarios de diferentes académicos sobre las explicaciones de ese autor acerca de la persistencia del conflicto civil armado⁸.

Enfoco aquí el ensayo de Collier –"Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de políticas"– porque emana del Grupo de Investigación

en Desarrollo del Banco Mundial, una de las instituciones imperiales que tiene más capacidad para trazar el destino de las naciones del hemisferio sur. Esta posibilidad resulta aterradora si se tiene en cuenta el carácter reduccionista de la argumentación de Collier, disimulado por su realismo tecnocrático y su dogmatización estadística. No se trata de un discurso excepcional, sino más bien de la tendencia propia de los estudios comparativos que priman en las agencias multilaterales, en las organizaciones neogubernamentales⁹ de la industria humanitaria y entre algunos académicos del Atlántico norte. No obstante esas características, es un escrito que merece estudio. Por una parte, su diagnóstico de la depredación, al mismo tiempo que estremece al lector preocupado por alternativas de paz, obliga a interrogar la relevancia de los puntos del Acuerdo de los Pozos o las conversaciones entre la Comisión Facilitadora y el Coce (Comando Central) del ELN; por otra parte, resalta una alternativa que sigue más bien ausente en las agendas de paz colombianas y la cual tiene que ver con la diversidad étnica de las naciones.

EL DIAGNÓSTICO DE LA DEPREDACIÓN

Collier define la guerra civil como el conflicto interno que ocasiona por lo menos mil muertes anuales en combate¹⁰. Fundamentando en un criterio que ni habla sobre la representatividad popular o política que puedan tener los aparatos armados, ni del grado de polarización social de una nación, conforma una "[...] base de datos sobre 73 guerras civiles ocurridas [...] en 161 países [...]", a la cual le aplica técnicas de regresión *logit* y *probit*¹¹. De esa manera, formula predicciones sistemáticas acerca de la aparición de la guerra durante lapsos de cinco años, partiendo "[...] de las características que cada una de ellas tuvo en sus inicios"¹². Por esa vía, llega a una

[...] perspectiva económica de las causas de la guerra civil, basada en patrones empíricos globales que cubren el periodo de 1965 a 1999. Durante esos años, y de manera sistemática, el riesgo del conflicto civil se relaciona con unas pocas condiciones económicas, como la dependencia en la exportación de bienes primarios y los bajos ingresos. De manera inversa, [...] indicadores objetivos de descontento social, como la desigualdad económica, los vacíos de la democracia, y las divisiones étnicas y religiosas no tienen efectos sistemáticos sobre el riesgo. [...] Las guerras civiles tienen lugar donde las organizaciones rebeldes logran viabilidad financiera¹³. [En otras palabras, la rebelión es] depredación a gran escala de actividades económicas productivas [...]"¹⁴.

Una vez presentada esta visión general, Collier entra en el detalle de sus augurios. Un país es propenso a la guerra civil, en primer lugar

³ Jaime Arocha, "Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas", en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores), *Las violencias: inclusión creciente*, Santafé de Bogotá: Colección CES, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998, pp. 205-234. Jaime Arocha, "Los afrocárabeños del litoral pacífico", en Jesús Martín Barbero, et al. (Eds.), *Cultura y región*, Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia y Ministerio de Cultura, 2000, pp. 180-208.

⁴ Daniel Pécaut, "Pasado, presente y futuro de la violencia en Colombia", *Análisis Político*, No. 30, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, abril de 1997, pp. 3-36.

⁵ Camilo Echandía, "Evolución reciente del conflicto en Colombia: la guerrilla", en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores). *op. cit.*, pp. 35-65.

⁶ *Ibid.*, pp. 356-357.

⁷ Eduardo Pizarro, "El Ku-Klux-Klan", en *El Espectador*, mayo 12 de 2001, p. 2.

⁸ Paul Collier, "Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de políticas" en *El Malpensante*, No. 30, Bogotá: El Malpensante, 2001, pp. 31-53.

⁹ Conuerdo con la reiterada propuesta del sociólogo Manuel Castells de no hablar de ONG en el sentido de organizaciones no gubernamentales, sino de organizaciones neogubernamentales.

¹⁰ Paul Collier, *op. cit.*, p. 33.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p. 30.

¹⁴ *Ibid.*, p. 31.

lugar, cuando su sistema económico está declinando¹⁵, y por tanto, ofrece bajos ingresos per cápita, lo cual facilita el reclutamiento por parte de la rebelión. Cuando esos ingresos dependen más que todo de la exportación de bienes primarios, aumenta la viabilidad depredadora y financiera de las organizaciones rebeldes¹⁶. Al respecto, el autor aclara que si la dependencia en la exportación de bienes primarios alcanza 26%, el riesgo de guerra civil llega a 23%. Por el contrario, si no hay esa subordinación, el riesgo disminuye a 1%¹⁷. El factor es significativo porque “[...] cualesquiera que sean los móviles de la organización rebelde, ésta sólo puede pelear si mantiene su factibilidad financiera durante el conflicto [...] No bastan ni las esperanzas ni los odios [...] porque] las posibilidades de depredar determinan el riesgo de la lucha [...]”¹⁸.

En segundo lugar, ata la propensión al conflicto civil armado con el rápido crecimiento de la población¹⁹, en especial cuando está dispersa en amplias regiones difíciles de gobernar. Tal sucede en la República Democrática del Congo, donde la probabilidad de que haya conflicto armado llega hasta 50%²⁰, porcentaje que también se eleva cuando hay enormes desplazamientos forzados hacia áreas metropolitanas. La tercera contingencia es la de la “historia”: “[...] justo después de que terminan los combates [de una guerra civil], las probabilidades a favor de que se reactive el conflicto armado alcanzan 40%”²¹. El cuarto agente consiste en la precariedad del sistema educativo: cuando 55% de los jóvenes varones queda por fuera de la secundaria, el riesgo de conflicto llega a 14%. Sin embargo, si la inclusión escolar aumenta tan sólo en 10%, el riesgo baja a 10%²², y el quinto factor es el de la identidad étnica. Me referiré a él con detenimiento, no sólo por la sorpresa que me causó el que lo abordara un economista, sino porque es la única sección del análisis que permite vislumbrar algún alivio para nuestro destino de guerra: el riesgo de que surja un conflicto civil armado disminuye a 3%, cuando en un país las diversidades étnicas y religiosas se aproximan al máximo que Collier halló dentro de la muestra de su estudio. Concluye así que “[...La] diversidad [étnica] hace que la sociedad sea más segura”²³. El caso de Yugoslavia parecería demostrar que Collier se equivoca. Sin que mi intención consista en defenderlo, subrayo que, en esa instancia, ese autor muestra cómo a medida que avanzó la secesión, primero de Eslovenia y luego de Croacia, quedó un país “[...] caracterizado por el predominio étnico. Las guerras civiles e internacionales vinieron a continuación [...]”²⁴.

¹⁵ *Ibid.*, p. 34.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 30, 39, 40.

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

¹⁸ *Ibid.*, p. 32.

¹⁹ *Ibid.*, p. 34.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*, p. 34.

²³ *Ibid.*, p. 36.

²⁴ *Ibid.*, p. 46.

²⁵ *Ibid.*, pp. 41-42.

²⁶ Ni Paul Collier define lo étnico como resultante de la interacción entre historia y cultura, ni usa palabras como heterogeneidad. Sin embargo, introduce esas ideas junto con la noción de etnodiversidad a fin de hacer más digeribles las traducciones del estilo tecno-burocrático de ese autor.

²⁷ Paul Collier, *op. cit.*, p. 42.

²⁸ Ésta es una interpretación más bien libre del texto original que distribuyeron los editores de *El Malpensante*. Su sentido es confuso por la igualación de dos tipos lógicos muy diferentes, conflicto y grupo: “[...] where conflict does take place in ethnically diverse societies it will take the form of some particular ethnic group rebelling against the government [...]”.

²⁹ Paul Collier, *op. cit.*, p. 42.

³⁰ *Ibid.*, p. 50.

³¹ *Ibid.*, p. 33.

³² François Jacob, *El juego de lo posible*. Madrid: Grijalbo, 1981.

DIVERSIDAD ÉTNICA Y PAZ

El autor argumenta que –desde la perspectiva de las emociones– parecería contraintuitivo el hallar que a más variaciones étnicas, mayores opciones de paz: los odios aumentarían con las variaciones en conductas y creencias²⁵. Sin embargo, más bien le parece que la heterogeneidad histórico-cultural²⁶ le ocasiona al ejército rebelde severos problemas para organizarse, y motivar o cohesionar a sus combatientes. En palabras suyas, “[...] entre una sociedad más se parezca a una colcha de retazos étnicos y religiosos, más difícil será reclutar fuerzas cuyas escalas las hagan viables [...]”²⁷. Una forma de sobrepasar estos obstáculos consiste en que los rebeldes opten por las reivindicaciones particulares de uno de los grupos étnicos que lucha contra el gobierno²⁸.

Dentro de esta apreciación cabrían situaciones como las del Cauca indígena y el Afrochocó frente a todos los grupos armados que operan en esas regiones. Empero, la aplicación de los principios de Collier tambalea cuando uno se da cuenta de que para ese analista la diversidad disminuye el capital social y, en consecuencia, dificulta la cohesión de los rebeldes. Además, traduce esta argumentación a propuestas políticas de una reingeniería humana algo ingenua, si no del todo simplista: con el tiempo, los hábitos del conflicto violento se pueden ir sustituyendo por los del conflicto pacífico, si se tiene presente que los rebeldes “manufacturan” el descontento social mediante el adoctrinamiento y la propaganda²⁹. A ellos el gobierno los puede poner en cintura valiéndose de políticas que le quiten sentido a la doctrina del descontento³⁰.

Pese a que Collier aduzca que los manejos estadísticos prueban la fortaleza de sus predicciones³¹, es posible una alternativa no militarista a propósito de la relación entre etnicidad y conflicto. El neoevolucionismo de François Jacob³² admite la tesis opuesta: el capital social puede crecer con la diversidad. La pluralidad de las especies vivas y de los sistemas culturales representa el seguro más fiable para que las unas y los otros enfrenten las incertidumbres que acarrean los transcurcos de naturaleza y cultura, y de ese modo forjen innovaciones que les permitan sobrevivir y desarrollarse. Esta perspectiva subvierte la visión que iguala a la democracia con la defensa de la homogeneidad, y la remplaza con aquella que la hace equivalente con la salvaguardia del disenso. No se trata de que todos seamos iguales, como precondition para alcanzar la igualdad de derechos, sino que a todos se

nos garantice esa igualdad, junto con la legitimación de nuestras diferencias.

Aplicado a la convivencia interétnica, a este paradigma le importa más la sustitución de los hábitos de conflicto pacífico por los del conflicto violento, a medida que –parafraseando a Collier– avanza el enfrentamiento entre productores de bienes primarios para la exportación, y rebeldes que supeditan su ideología a la depredación de esos bienes. En este espacio explicativo surge la opción de apreciar cómo la etnodiversidad multiplica las iniciativas para resolver conflictos, incluidas las alternativas heterodoxas que por lo general no figuran en los inventarios de datos que los violentólogos consideran pertinentes. Tal es el caso de los manejos gestuales involuntarios de la cotidianidad o los de aquellos que la gente convierte en rituales de carnaval mediante rítmicas musicales y estéticas plásticas y poéticas. A los académicos les corresponde examinar esa heterodoxia en su calidad de garante de convivencias no violenta y, en consecuencia, identificar los vacíos de paz que a diario puede originar su desaparición. Por ejemplo, espectáculos como los de Jorge Barón Televisión, consistentes en tarimas altas para los artistas y cámaras de televisión para el público, sustituyen manifestaciones de carnaval. En estas últimas, los espectadores expresan de manera colectiva sus emociones, interactuando con los artistas que se toman la vía para desfilar, cantar y danzar. De ahí que el sentido de esos rituales consista en la catarsis al descontento social. Empero, a los espectáculos de la televisión los convoca la venta de cerveza, dentífricos y detergentes, y escinden en el espacio la proximidad entre espectadores y artistas. Sin embargo, no siempre es evidente la conexión entre gestualidad y resolución del conflicto. Así, examinaré las características y funciones de los gestos, y de ese modo reforzaré mi crítica al reduccionismo de Collier, con respecto a la relación entre etnicidad y conflicto.

¿QUÉ ES UN GESTO?

Un gesto es lo que hacemos cuando algo nos gusta o nos disgusta. Consiste en unas maneras de apretar los músculos de la cara, de poner la boca, tensionar la frente, abrir o cerrar los ojos. Los medios de comunicación de masas afirman que si las FARC y el ELN no hacen gestos de paz, se cae el proceso en el cual el gobierno del presidente Andrés Pastrana se empeñó desde enero de 1999. Ni la prensa, ni la opinión pública que ella retrata hablan de palabras de paz. Se refieren al gesto como práctica o conducta con cierto carácter de infalibilidad. Algo acerca

de lo cual uno por fin deja de dudar. Que es certero. Los gestos surgen así como garantía de verdad, la cual, en este caso, las palabras parecen traicionar.

Un gesto puede parecerse a un guiño, el cual implica a quienes comparten una mirada en la complicidad por el secreto de alguna información implícita, casi siempre ligada al cariño, el humor y la ternura. Por eso, un halcón como el "Mono Jojoy" no puede darse el lujo de un guiño. Parecer tierno podría leerse como manifestación de debilidad, así haya tantos colombianos convencidos de que si las FARC dieran señales de benevolencia, podrían ganarse el afecto de ellos.

Si para explicar el gesto es insuficiente el guiño, sugiero pensar en un ademán, que ya involucra otras partes el cuerpo. Las manos y sus movimientos son fundamentales a la hora de sentarnos a manteles con otra persona. Para quien conversa, los ademanes significan respeto, que es mutuo. Si respeto a mi interlocutor, es porque yo también me respeto. Los ademanes malos podrán ser lo opuesto, pero no mienten. Fue un mal ademán que "Tirofijo" dejara solo a Pastrana en la ceremonia que iniciaba el proceso de paz. Sin embargo, es posible que ese aparato armado haya afianzado su imagen de fortaleza.

Lo anterior lo lleva a uno a pensar en los modales. Los cuales, así mismo, pueden ser buenos o malos. Su calidad dice de la buena urbanidad de quienes interactúan. Parecería que a las guerrillas les ha interesado que no quepan dudas sobre sus malos modales, con tal de que nos percatemos de su arrogancia.

No obstante todas las similitudes que trato de anotar, los gestos son distintos de las muecas. No se nos pasaría por la mente pedirle a Camilo Gómez, a quien el presidente Pastrana comisionó para gestionar los acuerdos con los alzados en armas, que hiciera una mueca de paz. La mueca es burlona, cínica y –para quien trata de participar en un diálogo– podría significar falta de compromiso con el tema.

Con todo y las diferencias entre los vocablos que he reseñado, gestos, guiños, ademanes, modales y muecas están hechos de la misma materia prima: expresiones que alcanzamos mediante movimientos musculares del cuerpo, pero en especial de la cara, un órgano de órganos complejos, cuyas articulaciones nerviosas y músculos hace dos millones de años dejaron de funcionar tan sólo para masticar alimentos³³. Evolucionaron también para que mujeres y hombres pudieran comunicarse afectividad y deseo.

³³ Marvin Harris, *Our Kind*, New York: Harper and Collins Publishers, 1989, pp. 51-56, 169-172.

El bipedalismo oculta los órganos genitales femeninos, y por tanto, las señales visuales y olfativas que emiten, y de las cuales depende la reproducción del resto de los mamíferos superiores. Nos valemos de la cara y el cuerpo para decirles a otros qué sentimos acerca de ellos. Son indispensables para relacionarnos con quienes nos rodean, incluso si no son personas o no estamos frente a ellas³⁴.

Cuando mimamos a nuestro perro o vemos a un animal lindo, también le sonrémos. Hacemos lo opuesto si el animal nos parece feo o nos produce miedo. Mirar a una persona conversando por teléfono es divertido. Mueve las manos, sonríe o llora, como si quien está al otro lado de la línea pudiera ver tantas expresiones. Esa persona quizás no nos pueda mirar, pero sí percibe nuestro estado emocional, porque entonamos nuestra voz de acuerdo con la manera como nos vamos sintiendo a lo largo de la charla. Los tonos suben o bajan para denotar rabia, tristeza, miedo, lejanía, cercanía, confianza o dicha. Entonces, a todos estos medios que la gente usa para decirle a otras personas cómo se siente (gestos, guiños, ademanes, modales y muecas) debemos sumarles la entonación de la voz, la cual tampoco está bien controlada por la voluntad.

GESTOS Y VOLUNTAD

Se murió mi colega Nina S. de Friedemann, y en la Universidad de Antioquia le ofrecieron un homenaje. Me pidieron que hablara sobre su obra, y cuando explicaba cómo ella había elogiado la africanía, me temblaron las manos. Mi voz vaciló, y no pude evitar los sollozos. ¿Será posible que uno le ordene a la cara no palidecer o sonrojarse? Y a las manos, ¿que no tiemblen ni transpiren? Y a los labios, ¿que no se conjuguen con los dientes en una sonrisa? ¿O que ambos dejen de jugar con la mirada y que la sonrisa no se vuelva risa? El antropólogo Gregory Bateson³⁵ bautizó a estas expresiones como paralingüaje icónico, otro término que añadió a los anteriores, en este intento por saber qué implica un gesto. De paz, sobre todo:

(Gesto, guiño, ademán, modal y mueca) + (Entonación de la voz) + (Paralingüaje icónico) = Lo que sirve para expresar emociones o el medio para relacionarnos con los demás, sean ellos animales o humanos; aquello que la voluntad no controla muy bien (Bateson: 412).

Sin embargo, hay otra manera de ver esta sumatoria:

(Gesto, guiño, ademán, modal y mueca) + (Entonación de la voz) + (Paralingüaje icónico) =

Multiplicadores de las palabras que no están muy bien controlados por la voluntad de las personas.

A esta última sumatoria se le conoce como discurso de la comunicación no verbal, el cual también denomino como emocionador de la palabra. A pesar de estar controlado de manera imperfecta por la voluntad, es maleable y manipulable por medio del aprendizaje. En la cotidianidad, la gente puede exagerar el llanto o la risa para llamar la atención de los demás. En este sentido son clásicas las pataletas que hacen los niños o los gestos de ternura del político en campaña, cuando alza y besa niños y niñas. Pero ojo: exageración y descontextualización producen los efectos contrarios. De ahí que los simulacros de berrinches y afectividad carezcan de la autenticidad que tiene el paralingüaje icónico en la cotidianidad; lo cual no quiere decir que no sean posibles buenas imitaciones del temblor de las manos o de los cambios en la coloración de la piel. Sin embargo, en este caso, confluyen por lo menos dos fenómenos: i) el aprendizaje de la imitación, y ii) los marcadores del contexto, dentro del cual la imitación es válida, deseable y esperable³⁶. En este sentido me parece clásica la actuación de Jane Fonda en "Klute". Cuando se ve frente al atacante, expresa su angustia con un llanto, cuya intensidad quedó marcada en la película, de manera indeleble por las secreciones nasales. La cámara captó el símil del carácter involuntario del paralingüaje icónico.

Entonces, el discurso de la comunicación no verbal puede ser dramatizado, ritualizado, coloreado y musicalizado para elaborar diálogos estéticos, polifonías poéticas, coreografías de la denuncia y escenificaciones para la catarsis. En otras palabras, esa discursividad es la materia prima del drama, la comedia, el ballet, la poesía y el carnaval, un antídoto particular contra la guerra, el cual –por lo general– se aplica por fuera de los aparatos estatales.

GESTOS INVOLUNTARIOS³⁷

Hasta el decenio de 1990, cholos (emberáes) y libres (afrodescendientes) del río Baudó (departamento del Chocó) era poco lo que se agredían entre sí o entre ellos mismos, mediante la violencia, para resolver desacuerdos y litigios³⁸. En mayo de 1992, Octavino Palacios y su sobrino Aquilino estaban borrachos, y comenzaron a pelear, justo en la placita que forman la casa de ambos y la de don Justo Daniel Hinestrosa, por detrás del principal embarcadero de Chigorodó (alto Baudó).

³⁴ Gregory Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires: Carlos Lohlé-Planeta, 1992, p. 412.

³⁵ Gregory Bateson *op. cit.*, pp. 450-453.

³⁶ *Ibid.*, pero en especial, véase el metálogo del círculo.

³⁷ Esta sección se fundamenta en resultados del proyecto "Los baudoenses, convivencia y polifonía ecológica", el cual se realizó con el apoyo de Colciencias, el Centro Norte Sur de la Universidad de Miami, Unesco y el Cindec (hoy Dinain) de la Universidad Nacional de Colombia. Además de Jaime Arocha y Adriana Maya, como investigadores principales, el equipo contó con los etnógrafos Javier Moreno y José Fernando Serrano, los historiadores Orián Jiménez y Sergio Mosquera, y la bióloga Stella Suárez.

³⁸ Jaime Arocha, *Ombliagos de Ananse, hilos ancestrales y modernos en el litoral pacífico*, Santa Fe de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999a., pp. 139-141.

A medida que sus vociferaciones y muecas caldeaban el ambiente, surgió un voluntario que trataba de calmar los ánimos. Su gestión parecía pasar inadvertida ante la intensidad de la reyerta. Entonces la gente del pueblo fue tomando bandos y haciéndole eco a las respectivas quejas o formando corrillos independientes que aumentaban la resonancia de los argumentos de cada quien. Ninguna de las dos facciones permanecía quieta, sino que se movía como oleaje que va y viene, mientras que familiares cercanos se unían al apaciguador voluntario, en una tarea disuasiva que parecía poco exitosa.

En ese momento los enfrentados corrieron a sus casas para armarse. Al regresar, el uno y el otro dirigían sus manos a los puntos del pantalón o la camisa que cubrían sus cuchillos, sin llegar a sacarlos. A medida que cada uno gesticulaba dando señas indiscutibles del poder que le confería su arma, el enfrentamiento se asimilaba a una danza rodeada por dos coros suplicantes, cuyos gestos e insultos amplificaban las muecas y gritos de los enfrentados. Cuando parecía que cualquiera de los dos adversarios atravesaría el umbral que lo podía convertir en homicida, Aquilino le volteó la espalda a su tío y abandonó la escena. Bajaron las voces de los aliados y éstos también se dispersaron.

El dar la espalda en el punto más álgido de la pelea puede haber tenido el sentido de mostrarse indefenso. Exponerle su lado más vulnerable equivalía a que Aquilino retara a Octavino para que aprovechara su indefensión y terminara con él. Sin embargo, desde la oposición de significados que genera el discurso de la comunicación no verbal, conductas como la de Aquilino tienden a ser de carácter disuasivo. A propósito de esta manera de comunicarnos, Bateson anota que

[...] el tema sobre el cual versa el discurso [de la comunicación no verbal] es diferente al tema del lenguaje y la conciencia. [Ésta] habla de cosas o personas específicas y une predicados a las cosas o personas específicas que ha mencionado. Usualmente, el [discurso de la comunicación no verbal] ni identifica cosas ni personas, sino que se focaliza sobre las relaciones que se afirman entre ellas. [Es...] metafórico [y carece de] tiempo gramatical, [y de] adverbio[s] simple[s] de negación [lo cual] tiene especial interés porque obliga a los organismos a que digan lo contrario de aquello que pretenden significar, en aras de lograr [que el contrario] acepte [...] que quieren significar lo opuesto de lo que dicen.

[Cuando los] perros [...] necesitan intercambiar el mensaje "No vamos a agredirnos", la única manera [de] mencionar una pelea en la comunicación icónica es mostrando los colmillos. Entonces, [precisan] descubrir que esa mención de la pelea fue solamente exploratoria³⁹.

Pero la disuasión ritualizada no era la única alternativa que los baudoseños tenían a la mano. En 1992, la historiadora Adriana Maya consultó documentos del hoy destruido archivo judicial de Pie de Pató. Los expedientes mostraban cómo las disputas por territorio, robo de cosechas o daños causados por los cerdos ramoneros se litigaban digamos que por "deidad interpuesta", quien evitaba el enfrentamiento entre los humanos. En efecto, poco después de que el juez iniciara el proceso, los litigantes se olvidaban de las acusaciones por tierras invadidas, cosechas perdidas o animales dañinos, y comenzaban a quejarse de las madres de agua que los jaibanes les habían echado a los libres, mientras que los cholos objetaban el poder de la brujería que practicaban los zánganos de los libres. Y si bien es cierto que magia y brujería sí pueden tener efectos nefastos en ambos bandos, la importancia que ellos les han concedido al manejo de las fuerzas espirituales no desembocaba en la masificación de la muerte sino en su control.

Esa región escenificaba la tendencia contraria a la que destaca Collier. Ambos pueblos persistieron en la adopción de los hábitos del conflicto pacífico, como los del parentesco espiritual del compadrazgo, los de los intercambios de conocimientos de botánica, medicina y prácticas religiosas de sanación. Sin embargo, a partir del decenio de 1990, a esos hábitos los han ido arrasando los del conflicto violento. En efecto, el presidente Ernesto Samper trató de paliar los efectos del Proceso 8000 reviviendo los proyectos de construir un canal interoceánico por el río Truandó, afluente del Atrato, y de prolongar la carretera Panamericana por la vía del Darién⁴⁰. Tan sólo el enunciado de ambas iniciativas acicateó la mayor presencia de aparatos armados insurgentes y no insurgentes, así como el consecuente y hoy casi indetenible desplazamiento forzado de afrodescendientes e indígenas⁴¹. Ante el trauma de la expulsión territorial, está por responderse si ambos pueblos persisten en su adhesión a la gestualidad cotidiana y ritual, como medio de evitar la violencia interétnica.

GESTOS RITUALIZADOS

Planteado el interrogante sobre la persistencia de los medios pacíficos para resolver antagonismos étnicos, paso a examinar las fiestas de carnaval, otra heterodoxia corporal que en el Caribe ha demostrado su calidad de alternativa no violenta a la resolución del conflicto⁴². En el caso de Barranquilla, los Congos son una de las comparsas más coloridas y populares⁴³. Están emparentados con

³⁹ Gregory Bateson, *op. cit.*, pp. 167-168.

⁴⁰ Arocha, *op. cit.*, 1998.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Madrid: Caciópea, 1999.

⁴³ Nina S. de Friedemann, *Carnaval en Barranquilla*, Bogotá: Editorial La Rosa, 1985, pp. 82, 92.
el baile

el baile de Negros del carnaval de Mompox en calidad de documentos que se valen de coreografía, poesía y música para recordar la historia de los alzamientos reiterados que escenificaron en buena parte de la llanura Caribe cautivos africanos que se volvieron cimarrones⁴⁴. Como sucede en el resto del bajo Magdalena, e incluso en el Magdalena medio, los estribillos musicales que cantan los miembros de danzas y comparsas incluyen además el desenmascaramiento de políticos corruptos, repasos de las carencias de servicios, crónicas de quienes viajan a Venezuela en busca del empleo que no consiguen en su tierra o de las desventuras de las mujeres que ellos dejan atrás.

Fuera del escarnio público, matizado con colores y notas de tambor, quizás el carnaval no infrinja castigos adicionales. Y es posible que más allá de la vergüenza, los culpables no paguen otras penas. No obstante, como para esas fiestas la impunidad es desconocida, la función que desempeña la catarsis va más allá de la risa. Involucra el alivio por el conflicto dirimido mediante la teatralidad musical.

Lo fundamental de la ritualización y dramatización de la gestualidad es que se mantengan los diálogos estéticos entre ejecutantes y espectadores⁴⁵. Entonces, no es de extrañar que para el carnaval de 2001, muchos barranquilleros se hayan opuesto a concentrar las danzas en un espacio cerrado⁴⁶ y hayan soñado con prepararse para lograr una participación digna en los desfiles callejeros. De ahí la relevancia de los ensayos que anteceden a la fiesta principal⁴⁷. No se realizan a puerta cerrada, sino en los barrios a los cuales pertenecen las comparsas. De esa manera, los ejecutantes pueden tantear el éxito de los números que proponen, e involucrar a las audiencias locales en las dramatizaciones del descontento social. Catarsis y comunicación dejan de ser eventos discretos que tienen lugar una vez al año, y pasan a formar parte de un aprendizaje colectivo y cotidiano.

No cabe duda, pues, de que estas fiestas populares contribuyen a que la gente se habitúe a la no violencia. De ahí que la transformación de ellas en respuesta a las necesidades de los productores de televisión y fabricantes de licores y cervezas pueda comprometer la paz. Uno de los cambios más recurrentes que depende de esa forma de patrocinio consiste en introducir una tarima desde la cual el público vea a los ejecutantes. El desempeño de ellos entonces deja de ser objeto de la mirada popular y callejera, para convertirse en escrutinio de jueces expertos en diferentes grados de autoctonía

que consignan en sus cuadernos o en sus computadores. El carácter dialogante de las celebraciones va desapareciendo, y con él, las opciones de hacer explícito el descontento social y tramitarlo mediante estéticas de color, humor y música. Así mismo, el interlocutor popular va pasando a ser espectador pasivo, cuyas opciones de comunicación consisten en bailar sin salirse de su sitio, aplaudir al artista del escenario o cantar al unísono cuando él se lo señale.

El epítome de esta tendencia consiste en los conciertos que Jorge Barón Televisión ha llevado por toda Colombia urbana y rural, hasta el propio Caguán. Son requisitos de este nuevo ritual de la postmodernidad los artistas de renombre internacional, los megaescenarios, y las cámaras de televisión que le ponen al espectador en pantallas gigantescas aquello que no puede ver o que ve, pero no puede creer, hasta que no se ha convertido en video⁴⁸.

La tendencia que encarnan los programas de Jorge Barón Televisión no ha sido criticada por su capacidad de erosionar las disidencias culturales, sino más bien alabada como fenómeno político. Sin embargo, es indudable que ante la propagación de esas manifestaciones hegemónicas, la reforma constitucional de 1991 ha permitido el atrincheramiento de las heterodoxias gestuales para la resolución del conflicto, entre otros disensos étnicos. Por fin, esa nueva Carta política reconoció el carácter pluricultural y multiétnico de la nación colombiana, y propuso fórmulas para salvaguardarlo que van desde la legitimación de las lenguas indígenas hasta la creación del Ministerio de Cultura. Así, no cabría duda de que algunos miembros de la Asamblea Nacional Constituyente se anticiparon a las predicciones del Banco Mundial, en cuanto a la relación entre etnicidad y conflicto. Al respecto, Collier recomienda [...] atrincherar los derechos minoritarios mediante la Constitución. Ésta [innovación] puede alcanzarse ya sea legislando para garantizar derechos grupales o para fortalecer derechos individuales. Si a todas las personas se les protege contra la discriminación, entonces se les brindará se-

⁴⁴ Jaime Arocha, *op. cit.*, 1999a, pp. 41-50.

⁴⁵ Antonio Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 40.

⁴⁶ "Batalla de flores disidente", *Ei Tiempo*, febrero 4 de 2001, pp. 2-14.

⁴⁷ Jaime Arocha, *op. cit.*, 1999a; pp. 41-50.

⁴⁸ Gustavo Lins Ribeiro, "Condição da Transnacionalidade". Série *Antropologia*, No. 223, Brasília: Universidade de Brasilia, 1997.



La ruptura, grabado, s. xvii. B. de artes decorativas, París.

guridad a quienes hagan parte de grupos específicos [...]”⁴⁹.

Frente a las sugerencias de Collier, los constitucionalistas colombianos llegaron más lejos al haber dotado de garras territoriales a la legitimación de las heterodoxias étnicas. El supuesto parecería obvio: ¿Para qué la diversidad –incluida la de los gestos cotidianos y rituales–, sin espacios dónde ejercerla? Sin embargo, la suposición tenía mayores implicaciones: sentaba las bases para que al fin pudieran escriturarse aquellos territorios de cuyo dominio la legislación de baldíos había excluido a pueblos étnicos, como los de indígenas y afrodescendientes.

La exclusión étnico-territorial ha debido hacer parte del perfil de riesgos étnicos que elaboró Collier. El historiador Marco Palacios lleva años reiterando que en Colombia el conflicto armado se perpetuará mientras no se corrija la concentración extrema de la tierra que a partir de 1870 permitieron las leyes de baldíos⁵⁰. Este factor no figura en el documento que comentó, quizás por la arraigada tradición de la academia noratlántica de consultar fuentes en inglés y de la misma región. Su inclusión es fundamental para dar origen a una narrativa alterna en la cual entre los “malos” también figuren sectores de élite que por medio de la violencia han desposeído a los pueblos étnicos, y han utilizado los territorios de ellos para producir bienes primarios. Siendo la dependencia en ese tipo de exportaciones el riesgo más significativo dentro de la matriz de Collier, quizás ella deba estudiarse a partir de marcos históricos, como ese autor lo sugiere para explicar por qué persisten los conflictos civiles armados. En este caso, la nueva crónica mostraría que los rebeldes no han sido los únicos depredadores, que hay productores de riqueza que los han antecedido, y que la conducta de estos últimos perpetúa el conflicto civil armado.

HEGEMONÍA ÉTNICA

Pese a que Collier no haya puntualizado esas condiciones objetivas de la violencia, sí dilucida los efectos del dominio étnico, el cual “[...] tiene lugar cuando en una sociedad el mayor grupo unitario alcanza entre 45% y el 90% de la población. No es difícil apreciar por qué ese tipo de sociedad puede ser peligroso. Dentro de una democracia, el tener 45% o más de la población, es suficiente para alcanzar lo que los científicos políticos denominan una coalición estable ganadora [...]” (p. 43).

En Colombia, es indiscutible que esa coalición, al persistir en su monopolio territorial, no se ha sometido a las nuevas reglas cons-



J. M. Moreau el Joven. Grabado, ilustración para La Nueva Eloisa, S. XVIII.

titucionales que le dan legitimidad al disenso étnico. El grupo étnico dominante ejerce su desacato de maneras variadas, entre las cuales la falta de voluntad política para reglamentar el reordenamiento territorial ha sido una de las más erosivas, y no tiene una denominación única. Más bien distinguimos variaciones regionales con apelativos como “paisa”, santandereano u “opita”, resaltando peculiaridades como las de la culinaria –frijoles con garra y arepa, cabrito y carne oriada o lechona–, pero a sabiendas de que comparte una “cultura nacional”. Esa cultura idealiza el monoteísmo, la monogamia, el monolingüismo y el monocultivo. Y no obstante el artículo séptimo de la Constitución de 1991 haya igualado el carácter de la nación con la etnodiversidad, la cultura nacional aún pugna por arrasar las disidencias étnicas que practican el politeísmo, la poligamia, el multilingüismo y el policultivo.

En cuanto a este sentido del predominio étnico, es urgente deletrear el refuerzo que recibe de las máquinas de muerte, sean ellas para erradicar la rebeldía o para consolidarla. La concepción de unos y otros con respecto al logro de la unidad nacional difiere poco de la ortodoxia básica de las élites, y a la cual la Constitución de 1886 logró habituar a los colombianos. A esa ortodoxia la retratan tres sustantivos que aparecen bordados en un tapiz que pende del edificio de las academias de la Lengua e Historia en el centro de Bogotá: “Un destino, una estirpe, una lengua”. Aun, los fundamentalistas de ambos bandos armados pueden exacerbar el sentido de esas palabras y reducir la capacidad que la heterogeneidad cultural tiene para impedir la perpetuación de la guerra⁵¹.

Frente a esta evidencia y a los actos de barbarie cometidos en el Naya o en Satinga,

⁴⁹ Collier, *op. cit.*, p. 49.

⁵⁰ Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970, una historia económica, social y política*, Bogotá: Colegio de México-El Ancora Editores, 1983, pp. 293-316. “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas”, en Francisco Leal Buitrago (Ed.), *Los laberintos de la guerra*, Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores y Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 1999, pp. 59-107.

⁵¹ Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, Bogotá: Intermedio Editores, 2000.



Monsiau. Grabado, ilustración para La Nueva Eloisa, s. xviii.

exaspera que "[...] las instancias que representan el Estado se comporten cada vez más como un espectador del holocausto o, en el mejor de los casos, como un simple actor de reparto en el conflicto"⁵². Así, es difícil imaginar que profundicen y agilicen las políticas que impiden la atrición étnica, la cual sí se está alcanzando con la intensificación de las actividades de todas las máquinas de guerra. Dada la magnitud del desplazamiento forzado y en masa de los pueblos étnicos desde sus selvas y ríos hacia las ciudades, es evidente que ya no basta la voluntad política para acelerar el reordenamiento territorial de la nación, la consolidación de entidades territoriales indígenas y la escrituración colectiva a miembros de "comunidades negras", incluso si estas acciones se realizaran en el marco de la defensa de los derechos humanos. Una diáspora de minorías étnicas en las áreas metropolitanas, la cual ya supera el millón de personas, sin duda conforma uno de los factores más perversos entre los que Collier identifica a propósito de la proliferación de las guerras civiles. En este caso, el factor de riesgo no consiste en el dinero que los emigrantes les mandan a los rebeldes, como sucedía con el IRA –Irish Republican Army– y la diáspora irlandesa en Nueva York. Consiste en la vulnerabilidad en la cual quedan quienes se afellan a sus territorios. De ahí que Collier hiciera énfasis en salvaguardar la diversidad étnica mediante vigilancia internacional y políticas públicas: "[...] El alcance de [las reformas constitucionales en pro de los pueblos étnicos] depende de la credibilidad de los controles y balances que erige el Estado sobre el poder gubernamental. Lo usual es que esas instituciones estatales carezcan de la fortaleza que les acrede confiabilidad. De ahí que deban reforzarse por medio de acuerdos regionales e internacionales" (p. 49).

⁵² Roberto Pombo, "Billar a tres bandos", Revista *Cambio* No. 410, Bogotá: Abrenuncio S.A., abril 30 de 2001, p. 12.

⁵³ "El gran fracaso", *Cambio* No. 412, Bogotá: Abrenuncio, 2001, pp. 16-23.

⁵⁴ Jaime Arocha, "Redes polilífonicas desechas y desplazamiento humano en el afropacífico colombiano", en Fernando Cubides y Camilo Domínguez (Eds.), *Desplazados, migraciones y reestructuraciones territoriales*, Santafé de Bogotá: CES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999b, pp. 127-148.

⁵⁵ Marcela Pandolfi, "La industria humanitaria y el supracolonialismo en los Balkanes", *Análisis Político*, No. 41, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, septiembre de 2000, pp. 60-68.

⁵⁶ "Médicos indígenas yagaceros. Código de ética de medicina indígena", *El Malpensante*, No. 30, Bogotá: El Malpensante, 2001, pp. 66-69.

Para el caso colombiano, uno duda de la viabilidad de semejante propuesta. El declive de los sistemas económicos que aparecen en la muestra de Collier, así como la dependencia de ellos en la exportación de bienes primarios, guardan estrecha relación con una globalización ideada para rescatar las economías de los países del norte. Para el caso colombiano, la depredación que ejercen grupos armados rebeldes y de autodefensa está subordinada a los consumos de cocaína y heroína que tienen lugar en los barrios deprimidos de las megalópolis norteamericanas, o entre los *yuppies* de Silicon Valley. Por su parte, la financiación del aparato militar que combate a los anteriores se le ha endosado al Plan Colombia, cuyos beneficios monopolísticos para el complejo armamentista norteamericano son inocultables. El mismo Plan no propone mecanismos para minar la depredación fatídica sobre la cual en parte ha versado este ensayo. Persiste en la erradicación de cultivos ilícitos mediante la fumigación, mecanismo que de manera reiterada ha sido señalado como favorecedor de los precios elevados que las drogas siguen ostentando en los mercados del Atlántico norte⁵³. En este contexto, ya existen evidencias de que las organizaciones neogubernamentales no se involucraron con la defensa de los derechos étnico-territoriales de afrodescendientes e indígenas, sino con la prestación de servicios asistenciales, después de que se iniciaron los desplazamientos masivos de miembros de estos pueblos⁵⁴. En otras palabras, en Colombia la industria humanitaria internacional sería consecuente con el estilo de intervencionismo supracolonialista que Pandolfi identifica en los Balcanes⁵⁵.

Frente a este escenario, es inevitable concluir que el futuro de los pueblos étnicos colombianos no será muy diferente a su pasado. Están a la vista las pescaderías que les sirven a los bogotanos *encocao e piangua* y otras delicias del Pacífico, nada más ni nada menos que en una de las cunas de la aristocracia esclavista, el barrio de La Candelaria de Bogotá. Por su parte, los indígenas se han apropiado de otros territorios urbanos ofreciendo las ventajas de su medicina tradicional, e incluso compartiendo la sabiduría que alcanzan mediante el yajé (*Banisteriopsis caapi*). La demanda de la una y la otra es tal, que los médicos indígenas publicaron su código de ética en el mismo número de la revista que difundió los vaticinios de Collier⁵⁶. En síntesis, con la creatividad que han ejercido para desafiar los siglos de sometimiento, los pueblos étnicos enfrentarán la guerra labrando nichos inéditos en espacios metropolitanos π

REFERENCIAS

- ARIZMENDI, Darío, Informe sobre la destrucción de Satinga (departamento de Nariño). Noticiero 6 AM, Bogotá: Caracol FM, marzo 19 de 2001.
- AROCHA, Jaime, "Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas", en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores), *Las violencias: inclusión creciente*, Santafé de Bogotá: Colección CES, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998, pp. 205-234.
- _____, "Ombligados de Ananse, hilos ancestrales y modernos en el litoral pacífico", Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999a.
- _____, "Redes polifónicas desechas y desplazamiento humano en el afropacífico colombiano", en Fernando Cubides y Camilo Domínguez (Eds.), *Desplazados, migraciones y reestructuraciones territoriales*, Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999b, pp. 127-148.
- _____, "Los afrocaribeños del litoral pacífico", en Jesús Martín Barbero *et al.* (Eds.), *Cultura y región*, Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia y Ministerio de Cultura, 2000.
- "Batalla de flores disidente", *El Tiempo*, febrero 4 de 2001, pp. 2-14.
- BATESON, Gregory, *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires: Carlos Lohlé-Planeta, 1992.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio, *La isla que se repite*, Madrid: Caciopea, 1999.
- COLLIER, Paul, "Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de políticas", en *El Malpensante*, No. 30, Bogotá: El Malpensante, 2001, pp. 31-53.
- ECHANDÍA, Camilo, "Evolución reciente del conflicto en Colombia: la guerrilla", en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores), *Las violencias: inclusión creciente*, Santafé de Bogotá: Colección CES, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998, pp. 35-65.
- "El gran fracaso", *Cambio* No. 412, Bogotá: Abrenuncio, 2001, pp. 16-23.
- FRIEDEMANN, Nina S. de, *Carnaval en Barranquilla*, Bogotá: Editorial La Rosa, 1985.
- _____, con fotografías de Jeremy Horner, *Fiestas: celebraciones y ritos en Colombia*. Santafé de Bogotá: Villegas Editores, 1995.
- HARRIS, Marvin, *Our Kind*, New York: Harper and Collins Publishers, 1989.
- JACOB, François, *El juego de lo posible*, Madrid: Grijalbo, 1981.
- LINS RIBEIRO, Gustavo, "A Condição da Transnacionalidade", *Série Antropologia*, No. 223, Brasília: Universidade de Brasília, 1997.
- Médicos Indígenas Yagaceros, "Código de ética de medicina indígena", en *El Malpensante*, No. 30, Bogotá: El Malpensante, 2001, pp. 66-69.
- PALACIOS, Marco, *El café en Colombia, 1850-1970, una historia económica, social y política*, Bogotá: Colegio de México-El Áncora Editores, 1983.
- _____, "Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas", en Francisco Leal Buitrago (Ed.), *Los laberintos de la guerra*, Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores y Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 1999, pp. 59-107.
- PANDOLFI, Marcela, "La industria humanitaria y el supracolonialismo en los Balkanes", en *Análisis Político*, No. 41, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, septiembre de 2000, pp. 60-68.
- PÉCAUT, Daniel, "Pasado, presente y futuro de la violencia en Colombia", en *Análisis Político*, No. 30, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, abril de 1997, pp. 3-36.
- PIZARRO, Eduardo, "El Ku-Klux-Klan", *El Espectador*, mayo 12 de 2001, p. 2.
- POMBO, Roberto, "Billar a tres bandos", en *Revista Cambio*, No. 410, Bogotá: Abrenuncio S.A., abril 30 de 2001, p. 12.
- VARGAS, Mauricio, "La guerra de los cobardes", en *Revista Cambio*, No. 409, Bogotá: Abrenuncio S.A., 23-30 de abril de 2001.



Grabado s. xviii. Museo de Arts Africains et Océaniens.